

vendió la Luisiana á los norteamericanos en 1803, en ochenta millones de francos!

El día siguiente lo empleamos en visitar al *maire* de la ciudad, hombre excelente y campechano; en dejarnos reportear por un amable muchacho de Mazatlán, redactor del *Picayune*; en hablar mal de los irlandeses y de los negros que se disputan la riqueza y el trabajo en la reina del Mississippi y en vagar...

Al obscurecer del día tres de Octubre, partimos.



A NEW-YORK POR ATLANTA

APRETONES de manos, sinceros y cariñosos *hasta luego*, campanadas, humo, y vamos ya á todo escape; el arco de la *levée* se dibuja en la noche por la inmensa guirnalda de los faros eléctricos que el río reproduce y deshace en temblores diamantinos. Los *ferrys* continúan su tráfico y cuajados de farolillos, parecen góndolas colosales balanceándose sobre el Mississippi que duerme con una respiración de niño.—Calor sofocante, enfermador, africano, capaz, si durase, de convertirlo á uno en negro; y ese calor pegado á las alfombras, á los terciopelos, á las sedas del *sleeping car*, es desesperante. Salimos al balcón de nuestro carro, que era el último de una larga serie, y corrimos las cortinillas: un hombre estaba escondido en la escalerilla; el conductor nos dijo que estos viajeros clandestinos suelen establecerse en los techos y aun abajo en los *truks* de los carros; aquel incógnito dió un brinco y se puso en salvo en la vía.—Una nube de polvo arenoso nos hizo entrar; los dobles cristales de las ventanillas apenas guarecían el interior del dormitorio: una hora duró aquel tormento; pudimos entonces observar la negra y

espesa vegetación que bordaba la vía; todo ello lodoso, pantanoso, miasmático; el miasma se convirtió en una nube de mosquitos peor que las de México; una de esas que envuelven y saturan las casas del Noroeste de Tenoxtitlán, en Agosto, es una bendición comparada con la que estaba llevando á cabo la succión de nuestra sangre y de nuestro sueño; esta nube de moscos era bíblica. Pasó, todo pasa; solo el calor reinaba en la tierra, solo la luna en el cielo.—Cruzamos por lagunas ó estuarios que bordan esta comarca bajísima sobre largos puentes de estacas que, en el agua inmóvil, parecían cepillos colocados por las cerdas sobre una mesa de acero. Más allá de Mobila (donde hay un colegio de jesuitas en que se han educado en la virtud tantos jóvenes mexicanos, como Pepe Echeverría), me invadió, no el sueño, sino una especie de sopor fatigoso de que me sacó la algarabía infernal de una murga de diablos, en forma de ciudadanos negros y ciudadanas negras, que en la estación H (¿no era en Liberia?) celebraban el arribo feliz de un candidato para presidente municipal de la ciudad cercana. Bajó el candidato muy tieso, muy digno, muy negro; no, aquella escena no me pareció ridícula; en mi agonía (estaba muriéndome de calor), sorprendí su lado trágico y dantesco, y esa pesadilla *a priori* me trajo el sueño, un sueño de veras. Como estaba desnudo, desperté helado, á la vista de Montgomery, gran ciudad pintorescamente asomada á orillas de una gran barranca, en cuyo fondo corre el Alabama.—Costeanos esa barranca, pasamos el río, corrimos á todo correr por entre bosques que nos hacían suspirar de envidia (¿en la mesa central hay otro bosque que ese bosque de museo, que se llama el bosque de Chapultepec?), atravesamos plantíos de maíz perfectamente ordenados, saludamos las consabidas casitas de madera pintada y entramos en la estación de Atlanta.

*

Malo: el jefe de nuestra caravana, que ve mal, quiso penetrar de prisa en la estación en el momento en que el guardavía, que era además agente de policía, hacía seña á los transeuntes que se

detuvieran, lo que ni vió ni podía ver nuestro compañero; entonces el agente lo empuja bruscamente; el mexicano, como era natural, le da un bastonazo, é instantáneamente se siente asido de la mano y encerrado el puño en una cadeneta de fierro; el viejo *policeman* estaba furioso y quería llevar á su ofensor á un puesto de policía. Un amable truchimán, que por ahí andaba, explicó al agente que su prisionero no veía bien y que éramos *españoles*. «¡Ah! dijeron los ojos del funcionario, con razón entonces: los españoles no saben lo que es la policía.» Y nos dejó en paz refunfuñando. El Estado entre los sajones, escriben los teoristas de derecho público, no es más que un juez y un gendarme. ¡Pero qué gendarme!

Malo, dijimos al entrar; peor, exclamamos al instalarnos en el Hotel, abriendo un telegrama del Cónsul mexicano en Nueva Orleans: dos ó tres horas antes había muerto el Sr. Romero Rubio.—Grande y dolorosa fué mi sorpresa; pensé en un grupo de cordiales amigos míos que le eran profundamente adictos; pensé en su familia desolada, pensé en la mujer, noble entre todas, que fué la compañera de su vida y algo así como la immaculada vestal del ara doméstica. El distinguido muerto era mi amigo también; ¿de quién no lo era? Era la amabilidad misma, la exquisita, aunque un poco difusa amabilidad social de México, traducida en la sonrisa, estereotipada, por decirlo así, en sus labios. No, no era un comparsa en la comedia seria de nuestra política, era un actor; la experiencia le había dado, ya en los años maduros, una aptitud singular para conocer á los hombres, facultad política de primer orden. Hombre de ambición y de placer, amaba la lucha, el combate era para él una voluptuosidad, y á pesar de eso, sabía ser tolerante y conciliador, por benevolencia y no por miedo, porque ese gran epicurista era un valiente, y si creía poco, creía firmemente. En suma, la historia, que se ocupará en él, la historia, en medio de sus severidades, tendrá en cuenta que Romero Rubio fué la personificación de la burguesía mundana de México, con sus defectos y sus cualidades, sus intrepideces y sus indolencias, sus complacen-

cias y sus audacias, en el grupo de hombres de temple superior que nos dió la Reforma.—Y pensando en esto iba yo por las calles de la capital del Estado de Georjía, muy alineadas, muy amplias, muy bien servidas por los tranvías, á encomendar al hilo telegráfico mi *pésame* al Presidente y á su familia; y todavía pensando en esto me dirigí al hotel en que estaba alojado mi antiguo y fraternal compañero de colegio Carlos Diez Gutiérrez.

*

Estas ciudades americanas que, como Atlanta, tienen apenas medio siglo de vida, empiezan por unas cuantas habitaciones de palo, pero luego, en su núcleo, van adquiriendo robustez, y el palo es reemplazado por la piedra, y surgen al compás del desenvolvimiento de los recursos agrícolas de la comarca ó de la situación topográfica de la población, en la encrucijada de varias vías naturales (ambas cosas se realizan en Atlanta), los grandes edificios, el capitolio de piedra blanca, la Universidad de granito y ladrillo, el hotel monumental de ocho ó diez pisos con gran fachada decorada de columnas ciclópicas, y revestida de sillares perfectamente tallados é imperfectamente pulimentados (lo que suele ser feo, pero fuerte, y da, por ende, una especie de formidable masculinidad á las construcciones); hoteles en cuyos *halls* vastísimos y confortables se da cita, para conversar, toda la sociedad de negocios de la ciudad, entre el *restaurant* y el *bar*. Las calles se alinean, iguales unas á otras por las casas que las bordean, por los coches que las surcan, por la gente que las transita compuesta de seres que se mueven velozmente como á impulsos de un mecanismo interior, que llevan en el rostro marcada la seriedad, la preocupación, el ensimismamiento de quien está á pique de perder la fortuna ó la vida, si llega cuando la manecilla del reloj haya pasado de un punto fatal. Y me explico el sillón americano, ese sillón de cuero ó de *rotin*, compuesto de pequeños lechos para las piernas, para las nalgas, para las espaldas, para los brazos, para el cuello, para los

zapatos, para los sombreros; esos sillones de que no quisiéramos los gordos levantarnos nunca, sillones ideales, digo, reales, con la más cómoda de las realidades, y que permiten á ese terrible judío errante de su casa, que se llama el pueblo americano, descansar tanto en cinco minutos, como un emperador asirio descansaba en una noche.

*

Para ir á la Exposición—tiene Atlanta su Exposición nacional, que no es una feria del mundo como la de Chicago, porque Atlanta tendrá doscientos mil habitantes cuando Chicago tenga dos millones, lo que no tardará mucho, pero que sí será muy concurrida—para ir á la Exposición, decía yo, hay que recorrer seis ó siete kilómetros por un terreno en parte ondulante y quebrado. Se llega, se paga y se entra por un torno que gira con solo que el que se coloque en una de sus secciones eche á andar. A un lado de la entrada un boceto de barracas y sobre una estaca un letrero: *mexican village*—¡muy bien! ahí habrá dentro de unos días mole y tortillas y tamales, que algunos yankees dicen que son muy de su gusto: sospecho que esto es mera urbanidad internacional.

En la cuenca de un laguito artificial, rodeado de fina arena y de un césped bien peinado y joyante como una franja de seda verde, se levantan los edificios de la Exposición, unos casi al nivel del agua, otros en la falda de las pequeñas lomas circunstantes. Todo muy bien dispuesto, con cierto lujo de arena fina en las calzadas, y de faroles elegantes, y de bancos muy cómodos, y de platabandas de flores y de arbolillos muy lustrosos y frescos. Visitamos el departamento de labores de mujeres (inferior á lo que aquí puede presentarse) y los de muebles, de carruajes, de maquinaria; el palacio de la electricidad, el pabellón chino, el japonés, etc.; de todo esto tenemos muestras en las tiendas americanas de México. La exposición nuestra, aun no estaba organizada, pero estaba en muy buenas manos. Sentados al borde

de la rampa que rodea por un lado el lago, y sube al departamento del Gobierno Federal, están los edificios de algunos Estados: algo semejante á lo que las fotografías de la feria de Chicago nos dieron á conocer.

Bajamos al lago, formado por dos vasos elegantes, unidos bajo un puentecillo de buen gusto; uno de los dos vasos tiene en el centro una fuente con vistosos juegos de agua.—Unas chalupas de nogal, barnizadas como un mueble de salón y movidas eléctricamente, giran en torno de aquel doble estanque conduciendo viajeros; entramos en una de ellas y pasamos un rato delicioso: todos los edificios de la Exposición se veían en derredor, con sus fachadas pintorescas y presuntuosas, desde el templo de las Bellas artes, allá arriba, con sus inmensas escalinatas y sus pórticos griegos de yeso, hasta la falsa porcelana del kiosko chino. Allá, al frente, la mar y todos los buques de guerra de los Estados Unidos, sombríos, torvos, con sus torres de hierro y sus cañones gigantescos y sus torpederos á uno y otro lado, ó sus mallas de hierro tendidas en derredor, para cortar el paso á los torpedos enemigos. Sí. . . . sí. . . . todo eso estaba allí, pero pintado en unos enormes tablones que prolongaban la perspectiva del lago, y que remataban la Exposición en una especie de mirífico anuncio de circo.

En nuestro paseo tuvimos el gusto de recoger á bordo al Gobernador de San Luis Potosí, apuesto y campechano como siempre, que, acompañado de algunos amigos y de los comisarios de la Exposición, visitaba los edificios. Pronto lo perdimos; una chalupa en que navegaban algunas elegantes y amables señoras de Atlanta, nos abordó; en un santiamén las damas lo hicieron traspasar á su barquilla, y, á fuerza de amabilidades y sonrisas, lo retuvieron cautivo, en compañía de un intérprete, hombre muy agradable, por cierto. Diez Gutiérrez quiso arrastrarme consigo, pero resuelto como estaba *et pour cause* á no ocuparme en la gente, sino en el país, me resistí y le dije *adios*.

La iluminación del lago, de los edificios, de los árboles, fué un espectáculo encantador de veras; todo se reflejaba en el agua,

que parecía hervir en diamantes y zafiros, y las notas de las músicas instaladas aquí y allá, convertían aquellas multiplicadas sensaciones, en cierta inefable emoción de placer y melancolía.

*

Volvimos en la mañana siguiente; deseábamos ver el departamento de Bellas Artes. Desde la monumental escalinata, que parecía tajada en la misma colina, con sus magníficas balaustradas y sus estatuas de piedra artificial; desde el pórtico de símili-mármol que la corona, se domina todo el contorno de la Exposición; mucha luz, gran cielo de día de fiesta aéreo, los celajes como velos de tul transparente y sin color. Detrás del pórtico un vestíbulo: es el salón de escultura. ¡Muy bien! Los dos marinos gigantescos, esbeltos y arrogantes, que llamaron la atención en Chicago, ahí están, en yeso. Admiramos un busto de viejo, minucioso, pero concienzudo y real á maravilla; un Falstaff de barro, soberbio de veras, tratado á grandes planos, en la manera franca y atrevida de nuestro Jesús Contreras, y guardando en la pasta cocida, la huella clara del *stick* y del dedo modelador.—En derredor del salón de escultura, los salones de pintura; primorosas acuarelas, dibujos que, vistos de prisa, parecen muy buenos, y algunas espléndidas telas; muchas de estilo primitivo, pero involuntariamente modernizado y amanerado por ende; en suma, el artificial pre-rafaelismo de la escuela inglesa, que causa la impresión de un arte falso, pero seductor como ninguno.

No sólo los imitadores del semi-bizantinismo de los primitivos están aquí representados, hay también impresionistas; de ellos son estas pequeñas telas, sin dibujo y sin colorido, tratadas por medio de un pincel cargado con todos los colores de la caja, que manchan sin orden aparente; pero vistas de lejos y en cierto ángulo, hacen estallar ante los ojos un conjunto de objetos que procuran la sensación misma de la realidad ó hacen creer en ella; esto no es pintura, es prestidigitación óptica al óleo.

¡Cosa singular! Ví allí unos paisajes de árboles morados sobre estanques blancos, en que nadaban flores azules, que era lo más irreal que puede concebirse; aquello parecía un paisaje de ensueño, pero hacía soñar. Sin embargo, había pintura de veras en esa improvisada pinacoteca: un bautizo de San Juan de Fairchild, pasmoso de relieve y de verdad, aunque de colorido convencional; esto nos parece al menos á los que estamos acostumbrados á una luz muy cálida, pero menos matizadora que la de las regiones frías y húmedas; una danza de niños de Mad. Dé-mont-Breton, pintada (como todo lo de esta hija de un gran artista), con la intención de traducir la realidad y no de parafrasearla; aquellas cabecitas de oro y rosa en relación con el tono verde del prado, producen un efecto sabroso de plenitud, de vida y de verdad. Una gran tela firmada ¡oh! ¡extrañeza! Madeleine Lemaire; ignoraba que la incomparable acuarelista de *L'abbé Constantin* pintara al aceite con tanto brío. Aunque bien visto, el cuadro resulta por la suave transparencia de las tintas, algo así como una tela pintada al óleo, con procedimientos de acuarela. Es una Ofelia, en escorzo, con la cabeza en el primer plano, y en el último los desnudos piés de campesina flaca, que viene resbalando en su marco de yerbas locas y de flores multicolores, por una corriente diáfana y negra, el río de la muerte. La impresión total es embargadora; intensa la sinfonía del colorido, aunque compuesta con pocas notas de la gama cromática; pero esas notas recorren todos los tonos, desde el alto hasta el velado y sordo; y aunque la tonalidad es azulosa, no resulta fría; la muerta vive. ¿Pero es de Lemaire la obra? Muchos bobos, yo de ellos, contemplan largamente un cuadro de Checa: *Una nau-maquía*. No sé cuántas objeciones pueden hacerse al colorido, al dibujo, á la arqueología del compositor, aunque ya hoy pueden restaurarse sin un solo anacronismo, una galera y un circo romanos, desde la estola de las vestales, hasta las acróstolas de los barcos en lucha sobre el improvisado lago. Lo que sé es que toda aquella masa enorme se movía; las olas, las velas, los combatientes feroces, los espectadores más feroces que los comba-

tientes, todo, pero todo como presa de un vértigo convulsivo. Solo el *imperator* está inmóvil, impasible, incommovible como una institución, fastidiado como un dios; un hallazgo este contraste.

—Se nos va el tiempo, apenas tenemos el necesario para llegar al hotel, tomar algo y marchar.

—Pero hay mucho que ver aquí todavía. . . .

—Bueno, pues nos alcanzará en Nueva York.—Partí.

*

A pique estuvimos de perder el tren: unos entramos en unos wagones, en otros los demás; nos reunimos por fin y partimos hacia la Carolina meridional, dejando á Atlanta, la *puerta del Sur*, como la llaman los georgianos. Con devoradora velocidad salvábamos una en pos de otra, las colinas erizadas de espléndidos bosques de coníferas, que forman aquí las ondulaciones más bajas de los Apalaches, y me dormí narcotizado *per amica silentiæ lune* para despertar poco después, escuchando el ruido de los trenes que pasaban y pasaban como visiones espectrales de reptiles antidiluvianos. El rumor de las campanas de las máquinas, llegaba vertiginosamente, tocando un doble frenético, y en el instante se perdía en un grito trágico, como si se lo tragara un rezumadero del viento.

Aquella rica comarca que alumbraba la luna:

ese nenúfar de plata
en el lago de la noche,

había sido testigo de la postrera lucha, de la suprema, en la guerra de *Secesión*. Aquí se había preparado el desenlace del drama; aquí Sherman, después de haber traído su ejército desde el valle del Mississippi á Atlanta, por el camino de fierro que construyó *ad hoc*, había efectuado su marcha napoleónica hasta Savannah en la costa del Atlántico, y había subido, deshaciendo vías

é incendiando poblaciones, para impedir á los separatistas rehacerse, hasta Richmond, en donde Grant y los suyos tenían acorralado al general Lee, como una jauría á un león: llegado Sherman, el león tuvo que rendirse. Aquí se jugó, en esta formidable campaña, el destino de la República Americana y del Imperio Mexicano. «Señores, decía Maximiliano á tres ó cuatro de sus consejeros de Estado, con el parte de la toma de Richmond en la mano: el imperio está vencido.»

*

Amaneció: las poblaciones, las ciudades, las estaciones con sus grandes letreros en los salones de espera: *waiting room for white people*, se sucedían con cierta rapidez. En los bosques, en los campos, en las ciudades, florecía el *anuncio*, la flor postrera de la naturaleza americana, profanándolo todo con sus enormes carteles abigarrados y sus letras hechas para ser leídas á seis leguas de distancia: *Hobb, Castoria, Malt, Nutrina*, he aquí los ejemplares más notables de esta flora de cartón pintado. ¿Será este el objeto último de la actividad de este gran pueblo? ¿Inventar anuncios, poner anuncios, propagar anuncios? Eso parece: las ciudades, que son aglomeraciones de palomares, ¿tienen otro objeto que mostrar anuncios en las ventanas, en los tejados, en las chimeneas? Un amigo mío, americano, me decía que muy frecuentemente la invención del anuncio precede á la de la cosa anunciada. ¡Oh! tierra del *humbug*, bendita seas!

Entre treinta anuncios de *Nutrina* y *Castoria* divisamos esfumado el perfil de la cúpula del Capitolio de Washington, en una niebla tan tenue, que parecía un simple deslustramiento del cristal bruñido del cielo; en el fondo de una avenida erigía el *Obelisco* su piramidió de granito. Y seguimos. Una ciudad intensamente colorada, pero enorme; con grandes manchas verdes de árboles aquí y allí: dos, tres, cinco, ochocientos, mil alineamientos de casas coloradas; las manzanas, diré *blocks*, de hoy en más, muy estrechas, como cajas de puros de 30 ó 40 varas

de alto, paradas sobre uno de sus lados pequeños, y cuajadas de ventanas de arriba abajo, con sendas persianas verdes; unas cuantas puntas de campanarios por entre los tejados; eso es Baltimore. Hasta luego.

He aquí las selvas de Pensilvania; hijas ó nietas de las que encontró el gran cuáquero Guillermo Penn. Son magníficas; aquí la lucha entre el bosque y el campo cultivado, ha terminado por una transacción. Los árboles, dorados ya por los primeros besos glaciales de la estación, empiezan á no ser verdes, son rojos y amarillos, parecen flores inmensas. Un pueblito pintorescamente desbarrancado allí en frente de las riberas del Susquehanna; más allá, á la derecha, las playas de la bahía del *Havre de Gracia*, lleno de gracia, es cierto. Pasamos el río: debajo de nosotros los vaporcitos surcaban lentos y airosos. Más allá, Welmington, una ciudad fábrica; después Chester; desde aquí las líneas férreas, admirablemente construídas, se multiplican y convergen hacia una formidable esplanada, literalmente pavimentada de rieles. Arriba de nosotros pasan otros trenes como sobre teclados de gigantescos pianos; el aliento de las locomotoras, los pitazos, el campaneó incesante, forman en nuestro sensorio una especie de telón de fondo, obscuro, tramado de acero y de humo. Abajo de nosotros hay otra estación mayor y más cruzada de líneas férreas, que la que atravesamos; á su nivel se extienden las calles sin fin de Filadelfia; se ven muy bien, porque las chimeneas de las casas no humean, ni hay gente en las avenidas: es domingo.

Los barcos llenan el río, los coches eléctricos pasan como crustáceos fantásticos por las calles; la impresión de la grandeza de esta ciudad es formidable, los *blocks* rojizos se extienden hasta el horizonte y escalan el cielo. Cúpulas, torres, chimeneas inverosímilmente altas de fábricas mudas, remates monumentales, puentes de fierro por donde quiera, eso es lo que resalta en aquel océano arquitectural. Nuestro tren corre furiosamente media hora, para en otra estación, y Filadelfia sigue, sigue sin término.

Salimos por fin; continúa de un lado y de otro la procesión

de poblaciones y casas; llegamos á Jersey-City; es la misma ciudad de siempre, lo que hemos visto en todas partes.

Tomamos el *ferry*, bogamos en dirección de un hacinamiento indefinido, que llega hasta donde llega la vista, de construcciones que manchan el cielo puro; todo eso acaba delante de nosotros en una punta: á ella nos vamos acercando. Lo que nos fija é hipnotiza es una cúpula de cobre dorado, muy alta. ¿Qué es esto? ¿un templo, una torre? Es la cúpula de la casa del *World*, me dijo el amigo que nos había recibido. Y el *ferry* atracó en Nueva York.



LA CIUDAD-IMPERIO

El paso del *ferry* á la tierra firme se hace insensiblemente: cree uno pisar el barco todavía, y ya va andando sobre el pavimento de madera de una estación. De mí sé decir, que hasta que no salí á una calle y subí á un carruaje dispuesto de antemano por un viejo y buen amigo nuestro, no desapareció la sensación, á un tiempo angustiosa y voluptuosa, que resiente todo el que *va sobre las aguas*.

Persistió más todavía en mi cerebro la imagen de la cúpula de cobre del *World*; la veía dominando el ilimitado picadillo de construcciones que en una masa clara, hecha de ángulos de piedra encaramados unos sobre otros, se extendía hasta más allá del alcance de nuestra vista. Con trabajo y sin éxito, mientras nos distribuíamos en los carruajes, procuraba fijarme en detalles y quitar de delante de mi ocular aquella placa en que se había fijado el total instantáneo de esta monstruosa Nueva York que, en poco más de medio siglo, ha devorado ochenta ó noventa millares de kilómetros cuadrados de su isla de *Manhattam*, para amontonar dos millones de habitantes.